

FÉLIX BRUZZONE

LEER ES  
FUTURO





2073  
**FÉLIX BRUZZONE**

\* ILUSTRADO POR: **MAX CACHIMBA**

---

*\*Encontrá más títulos de la colección en:*  
**[www.cultura.gob.ar/leeresfuturo](http://www.cultura.gob.ar/leeresfuturo)**

Bruzzone, Félix

2073 / Félix Bruzzone ; coordinación general de María Inés Kreplak ; ilustrado por Max Cachimba. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la Nación. Secretaría de Políticas Socioculturales, 2015. 72 p. : il. ; 16 x 12 cm. - (Leer es futuro / Vitali, Franco; 24)

ISBN 978-987-3772-83-2

1. Realismo. I. Kreplak, María Inés , coord. II. Cachimba, Max, ilus. III. Título. CDD A863

Fecha de catalogación: 16/11/2015

- Coordinación editorial: Inés Kreplak
- Edición literaria: Marcos Almada
- Asistencia edición literaria: Juliana Portilla y Sebastián Basualdo
- Diseño de tapa e interiores: Pablo Kozodij

## ► COLECCIÓN **LEER ES FUTURO**

En el marco de una serie de actividades de promoción y fomento de la lectura, el Ministerio de Cultura presenta la colección de narrativa *Leer es Futuro*, que llega a tus manos en forma gratuita para que puedas disfrutar del placer de la lectura.

En esta oportunidad, convocamos a escritores jóvenes cuya carrera está apenas comenzando, con el objetivo de visibilizar su tarea, contribuir a la difusión de sus obras y democratizar el acceso a la palabra, en continuidad con la ampliación de derechos garantizada por los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner.

También hay que mencionar la inclusión de

los ilustradores de cada uno de estos libros: todos jóvenes y talentosos dibujantes con ganas de mostrar su trabajo masivamente.

Y en un formato de bolsillo para que la literatura te acompañe a donde vayas, porque leer es sembrar futuro.

## **Ministerio de Cultura**

Teresa Parodi | Ministra de Cultura

FÉLIX BRUZZONE



BUENOS AIRES, 1976. Es escritor, editor y coordinador de talleres de lectura y escritura. En 2005 cofundó la Editorial Tamarisco. En 2008 publicó el libro de cuentos *76* y la novela *Los topos*. En 2010, la novela *Barrefondo*. En 2014, la novela *Las chanchas* y el libro álbum *Julián en el espejo*. Sus libros se tradujeron en Francia y Alemania. Su breve pero contundente obra lo hizo merecedor, en 2010, en Berlín, del preciado Premio Anna Seghers, que reconoce a un autor latinoamericano cada año. Publica cuentos y crónicas en diversas antologías y medios gráficos y virtuales.

## MAX CACHIMBA



ROSARIO, SANTA FE, 1984. Es ilustrador y artista plástico. En 1984 ganó el premio “Fierro busca dos manos”. Publicó numerosas historietas en las revistas *Fierro* y *Raf*; ilustró *Astronauta solo* y expone habitualmente sus pinturas. Entre sus obras, se destacan su recopilación *Humor idiota* y el libro de relatos breves *Rey secreto* de Pablo de Santis, con ilustraciones suyas. En 2006, participó en la muestra en Madrid “Mundos sinsentido”, que recogió la obra de ilustración e historietas de 25 autores. Ese mismo año apareció nuevamente la revista *Fierro*.

2073

Las máscaras cuelgan del techo, horizontales o verticales, los ojos hacia el frente, hacia arriba o hacia abajo, todas con las bocas abiertas, la lengua afuera, los dientes llenos de emplomaduras y algunas mandíbulas con los apliques que estaban de moda en los 40': reproducciones de los colmillos de los tigres dientes de sable o de los colmillos de los últimos mamuts descongelados. Miguel dice todas estas las hicieron con caras de verdad, todos NN. Enciende un cigarrillo, se asoma a una de las ventanas y empieza a jugar con el

humo. Mirá, dice —siempre le gusta ver cómo el humo se deshace en la lluvia, creo que es capaz de quedarse así durante horas-, estos son nuevos, Porteño, la lluvia no los apaga, los hacen con una pólvora refinada que se enciende hasta abajo del agua, cigarrillos para la intemperie.

Los conozco. En Buenos Aires los ofrecen en las terrazas: uno se sienta a comer y junto con el plato vienen la cigarrera y algunos de esos cigarrillos de colores. A Lukra le encantan. Ella es capaz de gastarse en cigarrillos todo lo que le pagan en la agencia, hasta el último centavo; y también es capaz de pedir adelantos, de endeudarse, porque para ella fumar, tener siempre a mano el pequeño calor de un cigarrillo, es la clave para sentirse

aislada, para ilusionarse con que la lluvia no existe, para borrarla, como si las décadas de tormentas continuas fueran un fantasma del medioevo o de mucho antes, de la edad antigua, como si todavía viviéramos en los tiempos anteriores al diluvio universal.

Miguel termina de fumar y cierra la ventana, enciende el compresor de humedad, se sienta en un rincón. Porteño, dice, el Peludo, vos te acordás, el del kiosco, conoce un galpón; es en las sierras, un poco más abajo de Carolina, allá estas máscaras las pagan a precio de oro, desde que reinstalaron la mina pagan todo con oro y con aleación para ultralivianos. Podemos conseguir que nos den algo de aleación y encargarle al Peludo que nos arme un avioncito, él sabe cómo encastrar las piezas y todo, trabaja con

un mecánico de Río Cuarto, uno que a veces contrabandea polvo deshidratante, lo trae de Embalse o de Córdoba, allá los reactores todavía funcionan, vos sabés.

No sé qué decir. La última vez que vine a Villa Mercedes Lukra me dijo cuidado, que ese Miguel no te salga con una de sus historias, lo de tomar ese Batallón o lo que sea, eso fue hace como cien años, no se puede vivir en el pasado para siempre. Igual, hace décadas que dice lo mismo, la que se quedó en el pasado es ella. Y Miguel me habló otra vez de papá, de la toma del Batallón 141, hace cien años, de los traidores, de los que murieron por todo eso, de los que deberían haber muerto después, y quedamos en que había que hacer algo cuanto antes, así que ahora digo bueno, vamos.

\*

En la casa del Peludo las paredes parecen de vidrio. Él dice está todo construido con placas de hormigón imantado, el agua rebota como si fuera granizo; las gotas caen, golpean toda la estructura y la casa parece que tiembla pero no, no tiembla, ni se mueve, en Buenos Aires esto ya no se ve, ¿no? No. Miguel le pide un vaso de ginebra. ¿Y...?, dice, ¿vos pensás que se puede hacer? Suena el timbre. El Peludo atiende a un cliente y al volver dice que sí, que se puede, pero que las versiones sobre lo que hay ahora en el Batallón son muy diferentes. Dicen que es un museo o un basural o que nadie se acuerda y que entonces las plantas crecen como sapos amarillos. También dicen

que instalaron una cúpula y que la gente no solo va a tomar sol sino que compra y vende pasajes a destinos prohibidos, y que como todos están desnudos las autoridades no sospechan. Confiar en gente desnuda, pienso. Pero Miguel me mira a los ojos, pide otra ginebra, y dice mentira, eso de que nadie se da cuenta es chararreo, si vas a cruzar una frontera desnudo, como andan esos lagartos, te cagan a palos, huevón, para entrar a Córdoba hay que por lo menos vestirse de camalote.

O volar entre las nubes, a oscuras. Y ese es nuestro plan, algo arriesgado, pero tres ilegales no podrían pasar de otra manera.

Llama Lukra, con la voz suave y parca de cuando va a decirme algo importante me pregunta si voy a volver y le digo que sí, que en

cuanto resolvamos unas cosas voy a volver y la voy a embarazar. No, dice, estoy cansada de no poder pasar los controles, habría que pedirle a alguien que... ¿no se puede tener hijos allá en Mercedes? No sé. La comunicación se interrumpe. Miguel dice olvidate, Porteño, si querés tener un pibe tenés que irte al sur, Bagual, Tajo, Arizona, allá nadie controla, o controlan, sí, pero si vos cada tanto entregás un pibe te dejan tener uno o dos, hasta tienen escuelas nocturnas, todo medio clandestino, vestido de fábrica, ¿sabés?, pero son escuelas como las de antes. A Lukra le gustaría, pienso. Pero allá los planes no llegan, ¿de qué viviríamos sin planes? Imposible. Miguel enciende un cigarrillo. Fumá afuera, dice el Peludo. Sos peludo, ¿eh? Sí, pero fumá afuera.

\*

El canal nos lleva a San Luis, y de ahí hasta las sierras hay que pasar por un retén de gendarmes que hablan muy rápido y se ponen nerviosos con facilidad. Nos hacen abrir los bultos: dos gordos sacan las máscaras y las tratan como si fueran trapos o bandas contaminadas. Rompen dos. Miguel, a punto de insultarlos, se contiene. El Peludo me mira, creo que quiere decir algo como que al primer problema con Miguel nos volvemos o nos abrimos, que lo del Batallón a él le interesa pero no por Miguel o por mí o por papá sino por él. Además, debe acordarse lo de Tejera y lo de la grúa y todo lo que pasó después. Pero cuando Miguel empieza a hablar con uno de los

gendarmes el Peludo se acerca y les ofrece unas bolsitas del polvo deshidratante que contrabandea su amigo y entonces nos dejan seguir.

\*

Hace mucho que no venía por acá. Las lluvias cambiaron todo y la única forma de cruzar las sierras es en vehículos con ruedas de oruga, así que dejamos el bote y subimos a un camión donde viajan algunos refugiados del Chaco —se les nota el acento—, y dos negras embarazadas. Tenemos fecha de parto para la semana que viene, dice una de ellas, y la otra explica que es mejor dar a luz donde van a vivir sus hijos porque sino nadie se

hace cargo del traslado y esperar a que se los lleven es peor porque las multas por retenerlos son muy altas. Claro, digo, y me pierdo en el paisaje de tosca y árboles caídos que llega hasta el borde de una pendiente muy alta tras la cual crece una montaña de piedras que parecen huecas y más allá el cielo, siempre gris o negro o rojo. Le pregunto a Miguel si acá siempre el cielo es rojo, y él dice sí.

Como en esa banda que Lukra se robó de la agencia: dos ancianos, quizá una pareja, viajan día y noche bajo un cielo rojo y verde, casi siempre colores puros, brillantes —quizá porque la banda está contaminada—, y a veces, muy pocas, se vuelven oscuros, casi negros. Los ancianos no hablan, o no se escucha lo que dicen —el sonido de la lluvia, mezclado

con el de muchos insectos zumbadores y el de explosiones lejanas, es muy envolvente—, y siempre que la usamos los vemos como desde una plataforma móvil que se desplaza atrás del vehículo en el que ellos viajan. Al final, nunca nos ponemos de acuerdo en si ellos hablan o no. Yo opino que las diferentes coloraciones del cielo hablan por ellos, que conforman un código y que solo hay que sumergirse en la banda, saltar de la plataforma, para descifrarlo; pero Lukra nunca quiere saltar porque si en verdad la banda está contaminada no va a ser algo gracioso. Y es verdad: tengo dos amigos que pasaron diez años encerrados en una banda, todos los daban por muertos hasta que un día volvieron con la ropa hecha harapos, tierra bajo las uñas, en los ojos una furia te-

naz, odiosa, y hasta que un juez no los mandó a una de esas bandas de recuperación ellos no dejaban de decir que el futuro no es lo que prometen en Córdoba, en todas las capitales, decían que el futuro es una especie de gran helecho carnívoro que arrasa con todo lo que encuentra. ¿Quién contamina esas bandas? Las versiones del futuro de los que logran regresar son cada vez más apocalípticas. Ilusos saboteadores de bandas: el futuro debe ser mucho peor, no sé me ocurre qué, pero seguro que mucho peor.

Porteño, mirá, dice Miguel, y señala hacia una quebrada inundada, mezcla de laguna y pantano rojizo: rojo arriba y rojo abajo, ¿ves?, dicen que por acá todo se va a poner así, tu papá hubiera estado contento.

Durante el viaje suben pasajeros hasta que el camión se completa. En una esquina, sobre una caja de bordes luminosos, un hombre se trenza la barba y se balancea hacia delante y hacia atrás. Junto a él, un androide emite una canción de cuna. Por un momento pienso que es una forma de hablar, que podrían ser miembros de una conspiración que una vez que lleguemos a la mina tome el lugar. Pero no: Miguel se acerca al de la barba y le dice Tuco, soy Gimenez, ¿te acordás? El hombre levanta la cabeza, y con solo ver a Miguel empieza a tener convulsiones. Abre la boca —en ella un colmillo de tigre dientes de sable— y la cierra sin control. Se traga parte de la barba, cae al piso y como nadie puede hacer nada por él dos refugiados lo alzan y lo tiran afuera.

El androide mira lo ocurrido y se arroja atrás del amo: la canción de cuna cae dando tumbo en un bosque de pinos azules.

El Peludo agarra a Miguel de un brazo, ¿qué te pensás que hacés? Nada, dice Miguel. Y sigue: a estos topos hay que tratarlos así, Peludo, que se vayan a espiar a otra parte, a ver si todavía vamos a andar como Raúlés cuando se sabe que al primer cambio de aceite nos hacen grito de monja. Puede ser, dice el Peludo, pero después me agarra la mano y me golpea la palma con el índice, una vez, dos veces, muchas —me parece que está nervioso—, y me dice al oído Porteño, acordate, vos todo esto lo hacés por tu viejo, o por vos, no por Miguel, y si este llega a ponerse salvaje vos ya sabés. Yo sé, sí, digo, y cuando el camión pasa sobre unas

pedras huecas pierde sustento y da varias vueltas sin control hasta que logra afirmarse sobre un bloque de concreto —supongo que de la vieja autopista— y entonces seguimos.

\*

Miguel enciende dos cigarrillos y me dice tomá, fumate uno. Mientras nos revisan, una ráfaga de viento sopla desde la mina. Allá, cerca de una torre de perforación construida sobre un plano inclinado, el humo que emerge del pozo tiene un leve olor a azufre. Sentí, dice Miguel, batata podrida.

Caminamos. Para diferenciarnos de los trabajadores y de los lugareños los del control

nos obligan a usar las máscaras. Si no, como todos los del camión que bajaron acá, tendríamos que pagar por esos vestidos que identifican a los visitantes. Miguel tiene cara de jirafa, el Peludo una peluda melena beige, y yo una máscara-traje, mezcla de oso panda y canguro, y mis dedos se confunden con los del traje, cinco, siete, nueve dedos en cada mano y algunas feroces uñas de gato montés.

Después, mientras buscamos ese galpón donde canjear las máscaras, el olor a azufre se hace mucho más intenso y Miguel dice que no es azufre, que es otra cosa, que mejor no saber, y del bolso saca tres filtros y nos dice que si no los usamos vamos a terminar mal.

Así vestidos me gustaría mandarle una foto a Lukra, pero acá la señal es demasiado

fuerte —debe ser por la cantidad de metales disueltos en el aire o por el calor del piso: por momentos da la sensación de que nos aproximamos a la cima de un volcán— y sería como cuando me llegaban las imágenes de ella en su viaje a Monte-Riggi: todas distorsionadas por la radiación de los meteoros que ella y los de su grupo de antropólogos habían ido a investigar. Si esa vez yo hubiera sido un poco más celoso me suicidaba. No, algo mejor: a su regreso le presentaba a Julieta y a las otras; el fruto más salvaje de la creación es la venganza.

\*

Mala suerte: en el galpón de los amigos del Peludo hay una barrera y un holograma del funcionario que clausuró el lugar. Ese es el Britos, dice Miguel. El Britos, dice el Peludo. Ese es medio pariente nuestro, porteño, cuñado de uno de esos hermanastros de mi tío de allá de Paso de las carretas, vos lo conocés. Sí, en Paso de las carretas fue lo de las sandías y lo del farol roto en el dique. El dique, sí, eso ya no está más: ahora el lago parece un mar y dicen que hay hasta olas gigantes y que cuando no llueve tanto la gente va a hacer surf y hasta una vez hubo un torneo y ganaron unos mendocinos borrachos. El Peludo toca a Miguel en un brazo. ¿Y ahora qué hacemos? Miguel levanta los hombros. Este Britos es un culeado, dice. Dale, dice el Peludo, ¿qué hacemos?

Y, no sé, acá el que sabe de aleaciones y esas perchas voladoras sos vos. Sí, dice el Peludo, y por cómo mira los demás galpones de la zona supongo que está seguro de que en algún lugar vamos a encontrar lo que buscamos.

Los galpones se suceden uno atrás del otro y uno arriba del otro —madrigueras— y no se me ocurre la cantidad de cosas que deben venderse ni cuántas estafas serían posibles en una ciudad como esta. En una esquina nos ofrecen entrar a una casa de paredes negras donde deben pasar bandas clandestinas. En la puerta de la casa, dos nenas de no más de diez años cantan una canción de una sola frase: venga a bandear, el sol de la mina es algo animal. Animal, repite Miguel, animal, y tara-rea la melodía durante algunas cuadras hasta

que nos sentamos a tomar algo en un bar de techos altos llenos de goteras.

Ahora a la tarde cierra todo, dice el Peludo, van a abrir a la noche así que... Podemos ir a ver una banda, digo. Huevón, dice Miguel, y cuando la mesera se acerca para anotar el pedido él me palmea en la cabeza y le dice mirá a este oso panda, nena, ¿no lo querés probar?, mirá que viene de lejos, hasta te puede llevar a ver una de esas bandas de la mina, es educado, te va a tratar bien. La mujer sonrío: ¿qué van a pedir? Ginebra. Ginebra. Para mí, té con limón.

\*

Mientras Miguel y el Peludo siguen con la ginebra les digo ahora vuelvo y voy a ese lugar de las bandas. Debe ser uno de esos trucos baratos: ¿de dónde van a sacar imágenes verdaderas del sol y del cielo despejado? Seguro que están hechas con escenas de películas viejas o recuerdos de mineros muertos.

En la casa las paredes negras ahora son verdes y de ellas se desprenden pequeños corazones rojos, juegos de luz que al caer a la vereda y tomar contacto con el agua hacen múltiples cortocircuitos que dan la sensación de estar caminando sobre un charco vibrador. No soy el único que entra al lugar. Una de las nenas va y viene con el cambio de los que ya pagaron —nunca pagué tanto por una banda— y nos hace pasar de a uno. Adelante mío, una mujer

mucho más alta que yo empuja a un viejo que de tan doblado no saben cómo colocarle el arnés. Antes de entrar a la sala, la voz del parlante que aconseja no intervenir en la banda porque, además de los peligros habituales, el sol no es real y puede ocasionar severas lesiones, se parece a la voz de Miguel. No, es una mezcla de la voz de Miguel y la mía; o una voz que conozco bien. Me ilusiono: podría ser la voz de papá.

Apenas me colocan el arnés me siento liviano y empieza la caída libre. Varios gordos y la mujer alta caen más rápido que yo y pasan veloces junto a mí. Después paso junto al viejo — no tarda en perderse arriba— hasta que caigo sobre un médano como los de las bandas de la costa pero lleno de caracoles con forma de disco. Me llevo varios al oído: boleros, guarachas,

rumbas y otros ritmos del caribe que a Lukra le encantarían pero a mí no. Por fin me quedo con uno que empieza como un son pero que en realidad está escrito sobre una melodía del altiplano. Y entonces los médanos se vuelven rocas y al subir a una mucho más alta que las otras puede verse el amanecer.

Los lugares seguros no están bien delimitados pero igual es fácil seguir el camino hasta la plataforma de visualización. Fácil para todos menos para el viejo, que entra por error en una caverna y sale transformado en vampiro. Ojalá que los controladores se den cuenta antes de que el sol empiece a subir.

La acción es lenta o casi nula. Un grupo de amigos, en medio de un camino de tierra y piedras, intentan arreglar la moto de uno de

ellos. Por lo que dicen, todo transcurre poco antes del comienzo de las lluvias y viajan desde el Chaco hacia las zonas altas del Noroeste, así que la música del altiplano es mejor que los ritmos caribeños. Por fin los amigos se ponen de acuerdo: todos menos dos buscarán ayuda más adelante, por lo que el resto de la banda es la espera de dos motociclistas bajo el sol ardiente del desierto. Hablan de muchas cosas sin conexión; buscan, en las peores horas del día, protegerse bajo alguna sombra; buscan agua; se defienden de los animales que los atacan; se lamentan por los amores perdidos: las mujeres no entienden que la lluvia va a llevarse todo, dicen; uno empieza a llorar y el otro lo toma de la mano; bailan y en un momento pierden el equilibrio y caen al piso

y no puede vérselos pero uno se imagina lo que puede ocurrir porque mientras bailaban se habían mirado con mucho afecto. Cuánto pudor, dice la mujer alta, y corre a verlos atrás de la piedra.

¡Vengan!, grita, ¡esta escena es deliciosa! Pero cuando uno de los gordos está por salir de la plataforma, una serpiente muy delgada, apenas visible, muerde a la mujer en un tobillo y la deja temblando y llena de grandes gotas de sudor que pronto se mezclan con las que empiezan a caer desde el cielo despejado. Los hombres, entonces, salen desnudos de atrás de la piedra y cantan bajo la lluvia. Bueno, hasta acá llego, odio los musicales. Me saco el arnés y lo dejo a un costado. Otra vez en la sala, nadie me presta atención: todos

están ocupados en revivir a la mujer alta y en atrapar al murciélago que al ir y venir choca contra todas las paredes y techos del lugar.

\*

Cerca de la mina las calles, anchas, suben y bajan en forma abrupta: deben haberlas construido en el suelo ya erosionado por el agua. Es difícil andar a pie pero tenemos que hacerlo porque al Peludo en el bar le hablaron de un lugar que puede interesarnos: un hombre de ropa muy parecida a la del que se arrojó del camión —deben pertenecer a la misma secta— le dijo, casi en secreto, de un galpón que todavía funciona, que los vehículos que tienen

no son los más adecuados pero que probemos porque a lo mejor pueden servirnos. Y cuando llegamos, atrás de una puerta de varias capas de hierro, los perfiles oxidados, las bisagras a punto de romperse, un depósito lleno de chapas y motos viejas.

Miguel hace un veloz reconocimiento del terreno y por cómo mira cada objeto se ve que se siente estafado. Mientras tanto, un empleado le explica al Peludo que las chapas que hay, si bien algo pesadas, son flexibles y fáciles para trabajar. Se usan como fondo cuando diseñan las bandas, dice, acá los que más las piden son los saboteadores, usted las dobla así, ¿ve?, y según el tamaño puede llevarlas en los bolsillos o donde quiera, es fácil pasar los controles, yo los paso. Pero cuando

el hombre hace silencio, antes de que vuelva a intentar vendernos algo que no necesitamos, Miguel dice no digás carbonadas, albóndiga, acá tenemos unas mascaritas más buscadas que pelo de huevo y vos nos venís con todo este puré de gaviota, así no es, mejor vení, mostrame esas tres motos, ¿son para el agua o también nos vas a vender ajo sin porro?

El hombre, al principio algo intimidado, intenta excusarse. Pero eso dura hasta que de entre algunas chapas salen varios androides — se mueven muy rápido, no puedo contarlos— que pronto nos rodean. ¿Vuelan? No, parece que vuelan. En todo caso, vuelan a muy baja altura, o levitan a gran velocidad. La ilusión es perfecta, dice Miguel. No es ilusión, dice el hombre, es tensión. Luego chasquea los

dedos y todos los androides caen al piso y quedan desparramados como chatarra. Muy bien, ahora vamos a ver las motos, dice por fin el hombre, y mientras avanza hacia ellas los androides se incorporan y caminan atrás nuestro. Y que esta sea la primera y última vez que alguno de ustedes reprueba lo que tengo para ofrecerles, dice.

Tensión superficial, sí, usted entiende de esto, ¿verdad? Claro, dice el Peludo, la aguja engrasada que flota en el vaso de agua. Exacto, si usted aplica esta laca viscosa a las ruedas de cualquiera de estas motos logra el mismo efecto: la moto flota. Además, si lo piensa bien, ¿qué mejor manera de llegar a Córdoba que por agua y tierra? Ir por aire es peligroso, las noticias no llegan pero yo y

muchos de los que trabajan para mí sabemos la cantidad de ultralivianos que derriban por año. En cambio por tierra, por fuera de los caminos habilitados... Piense, ¿qué mejor que llegar desde el monte? Eso sí, va a necesitar una brújula, una carta de navegación o algo, yo acá tengo algunas, pero una vez en el límite de la ciudad, en las primeras calles de los barrios de arriba, esos nuevos que anda haciendo la Municipalidad, nadie le va a pedir nada, usted puede dejar las motos y entrar a la ciudad de a pie, ¿entiende?

“Tensión superficial”, repite Miguel, “por tierra”, “flotar”, ¿te pensás que somos pasto?, desde que empezó a llover que yo no veo una sola moto, ¿ustedes vieron alguna?, para ir de a pie vamos como vos decís, espejito de colores,

“de a pie”. Bueno, dice el hombre, como los refugiados del Chaco, ellos van de a pie a todos lados, sí, y cuando hay que nadar, nadan, y cuando tienen que ahogarse, se ahogan; las nuevas generaciones de esos chaqueños van a salir con aletas y escamas, ¿quiere que le cuente de cuando estuve con una chaqueña?

Bueno, bueno, con una demostración podemos llegar a un acuerdo, dice el Peludo. Porteño, vos que tenías una moto, probá una de estas y después vemos.

\*

Todo va bien hasta que mi moto empieza a hundirse. El hombre dice más laca, o menos

laca, el cálculo tiene que ser exacto porque si no van a tener problemas. Y confiamos en él, pero pasan varias horas hasta que logramos estabilizar tres motos con la cantidad adecuada de laca en las ruedas. Entonces el hombre explica: esto es acá, en nuestros piletones de prueba, pero si en algún lugar por donde vayan ustedes la densidad del agua es distinta, si el agua está más fría, o más caliente... Ustedes saben, todo eso influye, siempre hay que ajustar las proporciones. Yo, hablo por mí, aconsejo agregar un lastre a la moto, un lastre importante que sirva para regular el peso. El único problema sería si en algún momento alguno de ustedes tiró demasiada carga y necesita, por las condiciones del agua, algo más de peso. Bien, para ese caso están estos puertos

de ingreso de agua de los costados, ¿ven?, con estas llaves del tablero abren los diferentes puertos y en cuestión de segundos, con el agua que ingresa, llegan al peso deseado. ¿Se entiende? No es complicado, todo consiste en sacar o agregar, como en los submarinos.

No tardamos en ponernos de acuerdo. Miguel, que nunca manejó una moto, se siente muy cómodo sobre su chopera de dos escapes en L, cromados. El Peludo, en su Muravey de tres ruedas, parece una langosta a punto de saltar al vacío. Y yo, en mi moto cross, pintura verde metalizada, puntitos brillantes —plateados y dorados— desparramados en toda la superficie, soy el que se ve más joven de los tres. Al principio nos reímos, Miguel parece un chico con juguete nuevo, un remolino

de emoción, de nervios, ansioso por empezar a jugar cuanto antes. El Peludo y yo, en cambio, estamos más concentrados. El hombre, verdaderamente, salió ganando: todas nuestras máscaras, años para conseguirlas, a cambio de unas motos que no sabemos hasta dónde pueden llegar.

¿Y el combustible?, pregunta el Peludo. El hombre saca, de entre unos contenedores llenos de candados y placas magnéticas, cartones de cigarrillos para lluvia. Tomen, dice, ahora los tanques están llenos, pero cuando la aguja llegue a reserva tienen que abrir la tapa y tirar varios de estos cigarrillos sin apagar el motor. Van a ver que la aguja enseguida vuelve a marcar. Es por la escasez de nafta, dice, la pólvora resistente al agua hace de explosivo: estos

motores, créanme, están preparados para cualquier cosa, y esta pólvora es lo que más rinde.

\*

Avanzamos. La velocidad sobre el agua no solo genera vértigo sino que exagera todos nuestros deseos. Por momentos, avanzar se parece a un sueño o a uno de esos desmedidos proyectos que imaginamos con Lukra cada vez que usamos una banda emotiva. Los golpes al corazón pueden hacer que uno replantee toda su vida en segundos, que esos segundos exploten en otros y en otros, y entonces todo el tiempo se puede concentrar en un solo instante, como las ideas sobre la

muerte en un velorio o la luz en una sala de espejos. Porque desde que es posible vivir tanto tiempo, y desde que la natalidad dejó de ser una mera urgencia tributaria, la muerte pasó a ser una especie de bache para la conciencia, una idea del pasado, como la idea de castigo divino y la idea de buena fortuna durante mi infancia. Cuando murió la hermana de Lukra, por ejemplo, nadie lloró, y hasta seguimos enviándole mensajes y fotos durante varios meses. A veces me pregunto si todo esto de ser siempre jóvenes, si la promesa de que nadie va a morir —si la causa no es violenta— hasta que pasen las lluvias, hasta que todo vuelva a ser como antes, no se va a convertir en lo que la esperanza de un futuro sin desigualdades era para gente como papá.

¿En qué pensás, Porteño?, pregunta Miguel. En papá, digo. Ah, dice. Después sorteamos algunas olas que deben haberse generado abajo: un escape subterráneo, algo así. Y cuando los tres volvemos a acomodarnos sobre las motos, me pregunta si voy bien, o si estoy bien, y yo digo sí, voy bien.

\*

Cuando estamos cerca de Córdoba es fácil dejarse tentar y empiezo a mandar fotos del paraíso. Lukra pregunta dónde estoy y yo solo respondo con fotos. Yo subido a un árbol de inmensas peras maduras, Miguel y el Peludo junto a varias ninfas voladoras, los tres al caer

por una cascada de vibrantes grageas de colores, el desaforado paisaje de lunas que pasan a baja altura ofreciendo bebidas gratis y bandas de alta seguridad, Miguel montado a un león, el Peludo entre acolchonada hierba llena de amantes y briznas, yo un mensaje que se transmite por ondas, de boca en boca, hasta caer en una fuente de aceites perfumados. Pero la ilusión dura poco. Miguel me sacude: basta, a no dejarse engañar con nidos de caranchos, no perdamos el hilo que si no terminamos peor que relleno de matambre.

Dejamos las motos en un pozo. Esto es un cráter, dice el Peludo. Los últimos ataques, dice Miguel. Y al principio no entiendo, pero al leer en los carteles las advertencias, “campo minado”, “minas antipersonales”, recuerdo

las historias de Lukra y su grupo de antropólogos, lo que ellos dicen de Monte-Riggi y de ese tal Riggi, antes juez, asesino, y ahora artista plástico; materiales preferidos: partes de hombres y mujeres dispuestos a mutilarse para que su carne quede integrada en el trabajo del artista; reconocimiento internacional y denuncias por canibalismo; “el arte no da de comer”, dijo Riggi en una entrevista, “la carne humana es el material más noble jamás conocido”. Y el cinismo de sus abogados: “Él no hace nada malo, alguien coloca las minas alrededor de su villa y cuando los curiosos que se acercan vuelan por los aires él se limita a recolectar los pedazos y componer con ellos una obra; su estética está llena de dolor, ustedes tendrían que ver a ese pobre hombre en el

durísimo momento de empezar a concentrarse para elaborar esa materia horrorosa”.

Esto no lo sabía: el agua, en Córdoba, corre por zanjas vidriadas. Y no solo por zanjas sino también por conductos elevados que no son de recolección sino de recirculación. Le pregunto al Peludo. Dice: el agua drena hacia depósitos bajo tierra y de ahí la bombean a las zanjas y a todo el sistema de tubos. Todo para evitar inundaciones, ¿se entiende?, toda el agua que cae la reutilizan. Esta es una verdadera ciudad seca.

Pero la lluvia cae, eso no puede evitarse, y entonces tenemos que refugiarnos en una cúpula.

\*

La gente, desnuda, toma sol y bebe licores variados. Hay que averiguar dónde quedaba el Batallón 141, si allí no habrá otra cosa, y hacer los contactos que nos posibiliten la toma del lugar. Miguel se acerca a una mujer alta y delgada pero de brazos anchos y fuertes. Habla unos instantes con ella y luego se dirige a otra y a otra hasta que al final una lo lleva de la mano hasta donde ahora se ubica la primera. Miguel, desconcertado, no sabe qué hacer y vuelve con nosotros. Intenta con otra persona, pero vuelven a llevarlo de mano en mano y termina otra vez donde había comenzado. Antes de irnos, la mujer alta se nos acerca y

nos dice los veo preocupados, vengan.

Afuera, la lluvia de gotas estiradas, punzantes, se vuelve agresiva. Subimos unas escaleras. No se resbalen, indica la mujer mientras señala los escalones llenos de hongos, y después de varios minutos de ascenso entramos a un salón de fiestas donde a pesar de la música estridente, cónica, nadie se mueve. Todos fuman y solo se complacen en mirar cómo el humo de los cigarrillos se mezcla con las figuras que emergen de una caja musical. Después pasamos a un pequeño recinto lleno de cajas. La mujer dice unas palabras, una clave secreta, y de las cajas salen otras mujeres, todas ellas armadas con látigos o fustas. Miguel sonrío, el Peludo también. Y cuando estoy por levantar los hombros, la mujer alta se me tira encima.

Sin poder apartarla, pienso en qué significará para ella la palabra “batallón”.

\*

Nos alimentan y abusan de nosotros. Los látigos al principio duelen pero después no. Muchas cosas pueden hacerse con un látigo. No sé cuánto tiempo nos quedamos en ese lugar. Bastante. Lukra llama varias veces; no le respondo. Pero en un momento una deliciosa sirena envuelta en cadenas de plumas y cuentas que se entrechocan empieza a acariciarme y nota que alguien me llama, entonces interfiere la señal: preciosa, tu amigo no está, dice, y su voz de ángel, de a poco, se pierde entre

los gritos y el llanto de Lukra.

Por fin, ya derrumbados en una de las esquinas de la habitación, la mujer alta abre la puerta y deja entrar a un hombre cubierto con un manto. Al principio él se mueve con suavidad, sin mostrarse. Luego se escucha una canción de cuna y el hombre deja ver su rostro: barba trenzada, moretones en los pómulos, odio en los filosos dientes de tigre dientes de sable. Miguel intenta levantarse. ¡Tucó!, grita. El Peludo, que apenas respira, busca algo para defenderse. Y yo, igual de cansado que ellos, igual de indefenso, empiezo a quedarme dormido.

\*

Los arneses hacen un poco de presión en las axilas —no puede esperarse algo mejor del androide que acaba de ajustarlos— y las palabras de Tuco, dirigidas a Miguel, suenan dulces, amables, un incendio feliz o una danza de algas. Él explica que la banda es segura, que una vez que estemos adentro podremos ir adónde más nos guste y que depende de nosotros si queremos volver o no; pero que si decidimos volver tenemos que considerar que las mujeres nos llevarán, dormidos o desmayados, hasta los límites de la ciudad, y que nunca más podremos volver a pisarla.

No hay opción así que aceptamos.

La caída, lenta, se parece al movimiento en el desierto: nada cambia al caer. Pero no llegamos a un desierto sino a un campo sembrado

con maíz rojo. Grandes mazorcas brillantes, granos rubí, chalas color remolacha. Ya de pie en medio del maizal, caminamos. Imposible ver más allá de nuestras narices, pero avanzamos. En un momento el Peludo me propone que me suba a sus hombros, a ver si así llego a ver hacia dónde conviene caminar. Pero las plantas rojas llegan hasta el horizonte y aún después de varias horas de andar en la misma dirección están todas ahí, lejanas, siempre rojas.

Durante el tiempo en que intentamos llegar a algún lugar nos alimentamos con las mazorcas —por suerte pueden comerse crudas— y como a veces llueve juntamos algo de agua y la tomamos. Pero al cabo de una o dos semanas estamos visiblemente más flacos y, según parece, Miguel empieza a alucinar. El Peludo

se pone frente a él y le dice todo esto es por tu culpa. Miguel dice mi culpa no es, es de los granos, y señala hacia un grano de maíz donde dice poder ver con absoluta claridad todo lo que le gustaría hacer en los próximos años. El Peludo explica: ya está con eso, este huevón siempre soñó con ver el futuro en un grano. Yo no sueño, lo veo, garrapata, miren ustedes. Y es cierto: en uno de los granos de la mazorca que señala Miguel pueden verse muchas cosas, imposible enumerarlas, y no parece que el futuro vaya a ser tan malo. Por otra parte, ¿qué significa el haber encontrado, entre todas estas plantas de maíz, la única que tiene esta mazorca y este grano?

Resulta fácil quedarse a mirar promesas. ¿Por qué no seguimos?, digo. Andá, ahora te

alcanzamos, dice Miguel. Yo voy, dice el Peludo. Y lo dejamos a Miguel con su grano. Igual, para que pueda seguirnos, avanzamos siempre por el mismo surco. Y los días pasan, muchos, y no hay nada peor que dejarlos pasar así, hasta que una tarde, justo antes de parar a descansar, a lo lejos, un hombre sentado, largas uñas, largos cabellos llenos de canas, sentado frente a una planta de maíz. Gritamos pero no responde. Vamos hacia él. El Peludo, excitado, mira al hombre y me mira a mí, muchas veces, me palmea la espalda, llora, aprieta la mandíbula como si una gran emoción vibrara en su garganta. Y cuando llegamos, la esperanza de encontrar al fin a alguien que nos oriente se desmorona: el hombre sentado es Miguel.

\*

Círculos, dice Miguel, y nos muestra, en el grano, un mapa del maizal. Sí, los surcos son circulares. El Peludo, furioso, le pregunta por qué no lo dijo antes. Acabo de verlo, alfombra, dice Miguel. Intento calmar los ánimos. Y también vi otras cosas, dice. Y nos muestra un sector del grano sobre el que comienzan a representarse las imágenes de la toma al Batallón 141. Papá, que en 1973 era conscripto, llega en la madrugada del lunes, después del franco del domingo, dice la contraseña, le abren. Atrás de él —estaban escondidos— varios jóvenes se precipitan sobre los guardias. Los golpean y los atan. Luego ingresan a uno de los pabellones, toman varios rehenes, cargan armas, todo tipo

de armas, en la oscuridad no se alcanza a ver, y se llevan todo en un Unimog que abandonan en las afueras. No hay muertos, no hay sangre. Después sí, habrá muertos y habrá sangre. Papá tiene los días contados.

Pero la escena sigue, solo que mucho después, y los protagonistas somos nosotros, que de un momento a otro entramos al grano y quedamos frente al Batallón. A Miguel, el más anciano, le dicen que pase, por caridad. Lo que no saben es que él, entre sus ropas, lleva las armas que inmovilizarán a los guardias. Reflejos de delgada lagartija, dedos con garfios y ventosas. Después Miguel nos abre y ahí estamos los tres, el Batallón es nuestro. Pero tenemos que hacer algo que justifique el haber venido, el haberlo tomado. Y en eso estamos cuando

alguien nos llama desde el primer pabellón. Al principio la voz me suena conocida pero después no, como si algo la interviniera, podría ser la voz de Miguel cuando era joven o la mía. O la de papá. Sí, desde atrás de una puerta corrediza se asoma una cabeza y parte de un hombro y tiene que ser papá. Pero enseguida dejamos de verlo porque antes que él, del galpón, salen varios de los del grupo. Uno de ellos, seguramente el jefe, dice somos “Los Decididos de Córdoba”, acabamos de tomar el lugar. Miguel, algo desorientado, está por decir que nosotros también acabamos de tomar el lugar cuando papá se sube a un Unimog y grita listo, nos vamos, y todos se suben atrás, se acomodan entre las armas que se llevan y como queda un poco de lugar nos dicen: ¿vienen?

\*

Calles anchas en la noche de Córdoba, bulevares llenos de espinas duras, filosas, que papá, al pasar, toca con las manos como si fueran de agua. Son blandas, dice, avanzar es fácil, dice, y entonces las armas robadas se vuelven canciones de libertad y papá me abraza, Miguel me abraza, el Peludo nos abraza y los cuatro somos una especie de final feliz sobre un fondo de pájaros cantores.

Después papá dice que más adelante habrá que abandonar el camión y cargar las armas en los autos donde nos espera el resto del grupo. Conductores audaces, dice, velocistas que tendrías que ver para creer. Miguel sonríe, ver para creer, repite, si vos estás acá con

nosotros, hermano, se puede creer en vacas voladoras. Todos nos reímos. Y cuando Miguel hace otras bromas: más festejos, más abrazos, más brillantes ideas sobre lo que vendrá.

Durante el viaje hasta el lugar de encuentro estoy por decirle a papá muchas cosas pero al final no le digo nada. Él maneja como si adelante hubiera un mar revuelto. El volante es un timón y sus movimientos parecen de agua. Los brazos flojos pero tensos a la vez, la mirada vacía pero llena de puntitos brillantes que a lo mejor tienen que ver con haberme encontrado o con algún desperfecto en la banda. Los hombros duros, sí, resistentes, pero por momentos da la impresión de que con una tanza o con cualquier hilo delgado podría atravesarlos sin esfuerzo. Y al llegar, olor a pólvora y

fuego, autos en llamas y, atados a varios postes de luz, muchos hombres fusilados. Entonces empuñamos las armas y saltamos afuera del camión. Rodamos sobre la tierra mojada. Disparamos sobre todos los hombres iguales a Tuco parapetados atrás de un terraplén. Balas luminosas, ganas de exterminar. Pero las balas se desvían y las armas se reblandecen hasta derretirse, como nuestros sueños, en nuestras manos. Después, el ejército de hombres iguales a Tuco aplaude nuestra hazaña y Tuco, cuando los aplausos cesan, nos dice muy bien, ahora pueden elegir continuar con esta historia o salir, solo yo puedo sacarles los arneses. Miguel dice seguir, seguir, a vos, Tuco, te voy a hacer puré de higo. Papá, mientras Miguel intenta otros insultos que no llega

a pronunciar —algo impide que sus palabras puedan escucharse— me agarra de un brazo y empieza a correr. Pero yo, aunque quiera seguirlo, no puedo: el suelo me atrapa los pies. El Peludo mira los de él, también empantañados, y no comprendemos si la situación es por nuestra indecisión, por las artes de Tuco o por cierta propiedad de la banda. Sin poder mover las piernas, me estiro para sujetar a Miguel, pero él no se hunde, y después de correr algunos metros cae en la red que uno de los hombres de Tuco arroja sobre papá y todos los “Decididos”. Papá, adentro de la red, a lo lejos, parece un animal enfermo, una inflamación, copas de árboles sacudidas por el viento.

Después Tuco viene adonde quedamos el Peludo y yo y abre los brazos en señal de

amistad. Mientras espera nuestra respuesta, atrás de él, a gran velocidad, crecen plantas proteicas, mazorcas con olor a carne asada, adobada, y llueven frutos del mar y jugos dulces enriquecidos con sodio y potasio. El Peludo tiembla, enciende un cigarrillo y se lo apaga en una mano, no hay dolor. Fumamos durante unos instantes, sin hablar, hasta que yo digo volvamos.

\*

En el límite de la ciudad, sin las motos, lo único que podemos hacer es caminar o nadar. El Peludo dice que quizá pueda ayudarnos algún chaqueño. Puede ser, digo, y quizá hasta

podamos convertirnos en chaqueños. Antes de emprender el regreso, Tuco y las mujeres nos despiden con pétalos de rosas negras. Esto es definitivo, dice el Peludo. Sí, eso dice Lukra: rosas negras, definitivo.

La llamo. Espero que las imágenes no la sugestionen. Pero en cuanto la conexión es buena ella empieza a enviar las canciones de amor que alguien le canta al oído. Voy a volver, grito, no me hagas esto. Y mientras las canciones se repiten —la voz es dulce y amplia: varias voces— ella dice sí, volvé, por favor, volvé. Y después la señal se distorsiona y el Peludo, que ya se alejó algunos metros, me llama y dice allá hay un bote, Porteño, la señora que está en aquella piedra viaja al Norte, a su casa, y no puede remar, así que si nosotros

remamos nos deja ir con ella y cuando lleguemos hasta puede darnos una balsa, dice que su casa está llena de balsas.



AUTORIDADES

PRESIDENTA DE LA NACIÓN

Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRA DE CULTURA

Teresa Parodi

JEFA DE GABINETE

Verónica Fiorito

SECRETARIO DE POLÍTICAS SOCIOCULTURALES

Franco Vitali



LEER ES FUTURO



Cultura Argentina



Ministerio de Cultura  
Presidencia de la Nación  
Argentina